

# Texto literario de Carlos Montenegro

Reproducimos deseguido un anaco do libro de Carlos Montenegro *Aviones sobre el pueblo (relato de la guerra en España)* publicado na Habana tras o seu regreso como corresponsal da Guerra Civil española.

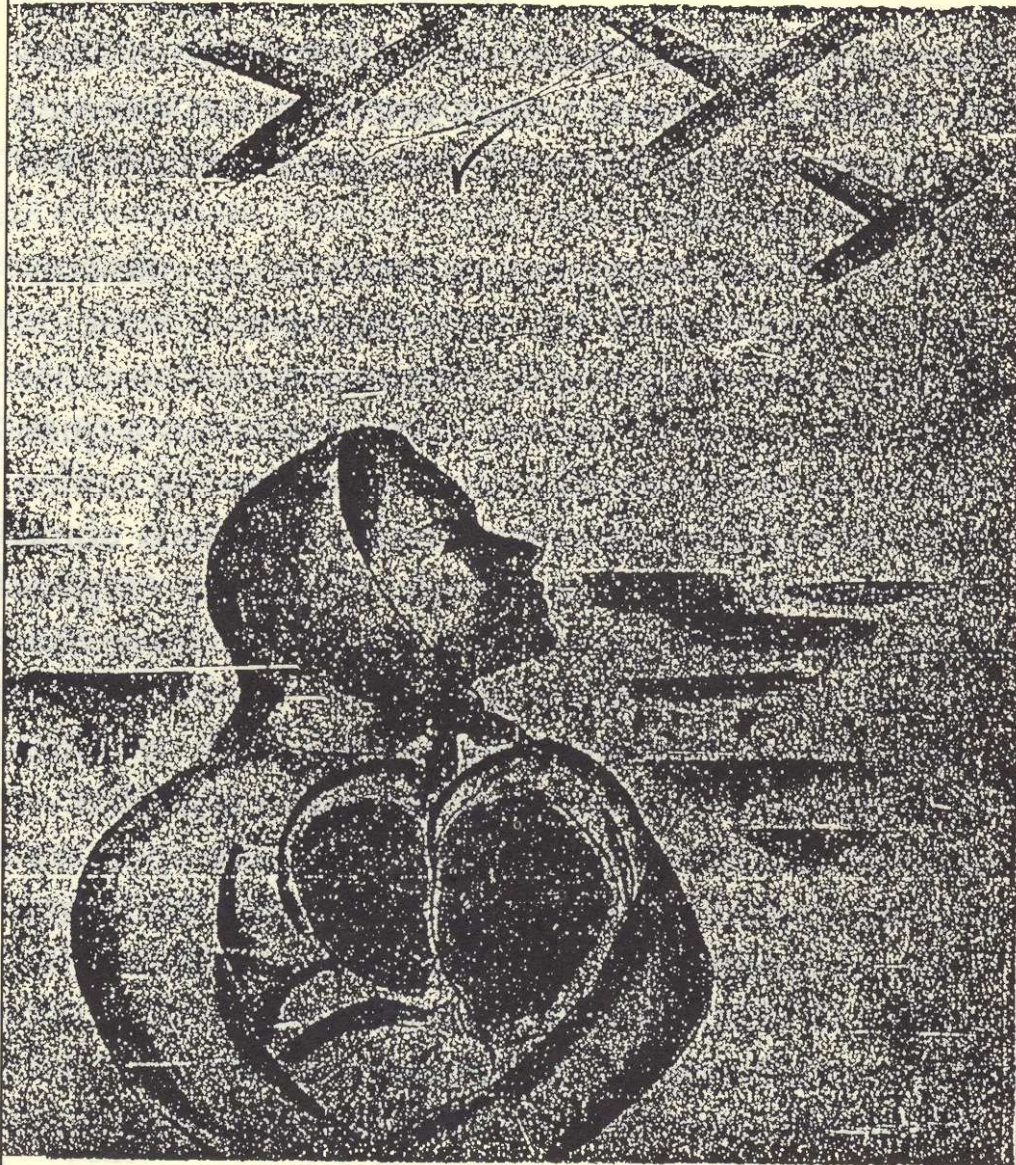
## Contidos:

- *Aviones sobre el pueblo (relato de la guerra en España)*, A Habana, 1937.  
Citamos por Edición do Castro: Sada, 2004, pp. 60-62



**CONSELLO DA CULTURA GALEGA**  
Arquivo da Emigración Galega

16.  
**CARLOS MONTENEGRO**  
**AVIONES SOBRE EL PUEBLO**  
**RELATO DE LA GUERRA EN ESPAÑA**



**HABANA, 1937**

Capa da primeira edição.

Pesadas y roncadas en su estruendo se acercaban las máquinas de guerra en busca del pueblo indefenso. En aquel instante los hombres que iban dentro, con las manos puestas en las palancas lanza-bombas, asomarían seguramente sus rostros de extranjeros sobre las bordas de sus aparatos. Se escuchó una orden seca y ruda:

—¡Fuego!

Y entonces de tierra partió la primera ráfaga de disparos seguida de otras muchas. La calle se llenó de explosiones que silenciaron el tronar que llenaba el espacio, y alrededor de los aviones se vieron pequeñas nubes blancas.

Automáticamente, como si cada grupo formase un solo aparato, se les vio alzar las narices tratando de ganar altura, pero en el intento se precisó cómo las trágicas *ves* se quebraban en el azul. De súbito dos de los aviones hicieron una gran parábola y comenzaron a caer de nariz, girando en círculos irregulares y dejando detrás de sus colas un reguero de humo que fue creciendo hasta que los aparatos se envolvieron en llamas. Otro más, que había logrado volver sobre sí mismo, ardía en un descenso apenas perceptible. Las ráfagas de disparos chasqueantes seguían atronando la calle y ahogando los gritos vencedores de los hombres que servían las piezas.

Alejándose en el limpio azul, los aviones que no habían sido tocados, huían perseguidos por las inexorables nubecillas; cuando ya estaba a punto de perderse sobre las casas lejanas, otro de ellos abatió la nariz y comenzó a barrenar el espacio, dejando atrás, en un descenso lentísimo, las manchas blancas de dos paracaídas.

Al cesar las antiaéreas de disparar, las calles se llenaron de gritos; los hombres corrían a encontrarse y se abrazaban sin soltar los fusiles; en las puertas de algunas casas aparecían rostros fuertes que terminaban por reflejar la alegría de la calle. Unos milicianos corrían hacia donde esperaban que cayeran los aviones, mientras otros, levantando los puños, entonando la *Internacional*.

El tío Ángel, que permanecía inmóvil y mudo, vio llegar al oficial que le había hablado antes; éste se subió al antiaéreo y gritó estentóreamente:

—¡Camaradas, gritad conmigo: No pasarán!

Un grito múltiple le respondió llenando el ámbito.

—¡Camaradas! —continuó el oficial subido al cañón—. ¡Los hemos vencido!... Aún seguirán asesinando a nuestros hijos pero ¡los hemos vencido! ¡Aún arrasarán nuestras ciudades, pero los hemos vencido! ¡Los hemos vencido aunque puedan arrollarnos mil veces más! ¡Los hemos vencido desde el momento que nuestras manos de proletarios pudieron apretar un fusil! ¡Desde el momento que los pueblos libres del mundo se pusieron a nuestro lado! ¡Hasta los pueblos esclavizados lloran a escondidas por nuestra victoria! ¡Los generales traidores al hacernos la guerra, nos enseñarán a hacerla y vendremos de atrás para ganar! ¡Somos los más y ya estamos armados! ¡Somos la libertad y la justicia! ¡Somos el pueblo! ¡Por eso los vencimos desde el momento en que hicieron el primer disparo contra nosotros! ¡Bendita sea esta guerra, aunque ellos la hayan desencadenado, porque nos dará el derecho a reconquistar nuestra categoría de hombres!... ¡¡Camaradas, griten conmigo: No pasarán!!